



10

Cognitariado es precariado. El cambio en la sociedad del conocimiento turboglobalizada

Gonçal Mayos Solsona



Este artículo forma parte de la publicación *Cambio social y cooperación en el siglo XXI [Vol.2]. El reto de la equidad dentro de los límites económicos* (2013). ROMÁN, B. Y DE CASTRO G. (coord.), pp. 143 - 157.

Cognitariado es precariado. El cambio en la sociedad del conocimiento turboglobalizada

Abstract

Estamos en una turboglobalizada y postindustrial sociedad del conocimiento. Como otros cambios revolucionarios de la historia, genera hoy nuevas e imprevistas exclusiones. Impone un tipo de saber y de poder focalizado en lo productivo y económicamente rentable; es decir, un “pensamiento único” que excluye cualquier otro. Tiende a convertir a todos los trabajadores –sin práctica excepción– en “cognitariado”, trabajadores cognitivos, que dependen totalmente del precio de mercado que obtengan

por su cognición. En contra de los tópicos, ello no los aleja de la condición proletaria, sino que –al contrario– comporta nuevas precariedades. Riesgos como la obsolescencia cognitiva profesional y laboral aumentan en todas las clases. Además, con el desmantelamiento del Estado del bienestar y la crisis post-2008, se evidencia que el cognitariado es precariado. Asumir lúcidamente su condición precaria le es imprescindible para su supervivencia y salud.

144



Puedes complementar el artículo con la entrevista disponible en [este enlace >>](#)

Gonçal Mayos Solsona

Profesor titular de filosofía en la [UB](#), consultor de la [UOC](#), codirector del [Grup Internacional de Recerca Cultura, Història i Estat](#) (GIRCHE) y presidente del [Liceu Maragall de filosofia](#).

Especializado en filosofía moderna y contemporánea, se interesa por la “macrofilosofía” (término que ha acuñado): el estudio postdisciplinar de procesos de larga duración como modernización, postmodernización, racionalidad, giro cultural...

Publica sus activísimos *blog* [MacroMayos](#) y Web (‘gmayos’ en cualquier buscador).

Sus últimos libros son: *Filosofía para indignados. Selección de la Internacional Situacionista* (2013), *Macrofilosofía de la globalización y del pensamiento único. Un macroanálisis para “empoderamiento”* (2012), *Macrofilosofía de la Modernidad* (2012), *Schopenhauer avui* (2011) y *La sociedad de la ignorancia* (2011).

A “l@s indignad@s”.

Nuevos cambios, ¿nuevas exclusiones?

Las necesidades y realidades de la cooperación inevitablemente van paralelas a los cambios sociales. Es normal que así sea, pues cada época y cada tipo de sociedad tiene unas debilidades y necesidades específicas que la cooperación intenta subsanar o, al menos, minimizar.

La “sociedad del conocimiento” turboglobalizada funciona cada vez más similarmente a una mónada leibniziana¹; es decir, como si la espacialidad, la distancia, la materia... casi no importaran. Las avanzadas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) permiten flujos globales (financieros, informativos...) muy baratos, de gran fiabilidad y a enormes velocidades. Si a ello añadimos las actuales mejoras de comunicación y las líneas de aviación *low cost* podría parecer que esos flujos incluyen igualmente a la población.

Ahora bien, las fronteras, las restricciones estatales y otras exclusiones limitan en mucho el número de afortunados en la actual turboglobalización monádica. Las reglas de juego internacionales no son neutras y limitan o –directamente– excluyen muchas posibilidades legítimas, especialmente si tenemos en cuenta la disponibilidad real de cumplirlas –tanto de las personas individuales como de los estados, pueblos o culturas–.

Como destaca Amartya Sen (1999), la libertad “negativa” (que nadie impida las acciones) y la igualdad meramente formal (la ausencia de leyes discriminatorias) no garantizan en absoluto similar capacidad efectiva (*capability*) de responder a una misma realidad social. Esta es ya una poderosísima restricción para el acceso equitativo al nuevo marco global de la “sociedad del conocimiento” que, a pesar de despertar grandes promesas y esperanzas, genera también discriminaciones y exclusiones que la cooperación internacional debe minimizar.

Además, precisamente por la rapidez y complejidad de los flujos globales, aparecen inesperados riesgos, peligros y “daños colaterales”. La turboglobalización monádica genera tal nivel de integración y complejidad que resulta imposible prever las consecuencias de algo ocurrido en alguna parte sobre cualquier otro sitio del mundo. El sistema-mundo (Wallerstein, 1974 y 2011) se ha convertido en algo demasiado complejo y rápido para cualquier previsión eficaz por parte de la humanidad o sus mandatarios (Innerarty, 2011; Beck, 2007 y 2006). Por ello todo el mundo está amenazado por crecientes peligros epistémicos, hasta el punto de que la turboglobalización monádica también es una “sociedad del riesgo”, como ninguna otra antes a pesar –paradójicamente– de su mayor potencia tecnológica y de conocimiento.

El estudio de los grandes cambios sociales –incluyendo las revoluciones tecnológicas– ha puesto de manifiesto que todos ellos sin excepción han generado sus específicos damnificados e incluso nuevas formas de exclusión². Todos sabe-

1 - Véase el capítulo 1.1, “Humanizar y ‘empoderarse’ de la humana globalización”, de MAYOS (2012).

2 - Diversas perspectivas ideológicas confirman esta tesis: LUTTWAK (2000), BOLTANSKY Y CHIAPELLO (2002) Y GIDDENS Y OTROS (1996).

Sociedad del conocimiento

“Las fronteras, las restricciones estatales y otras exclusiones limitan en mucho el número de afortunados en la actual turboglobalización monádica”

Sen, A.

Libertad negativa
Capacidad efectiva

146

Complejidad

Wallerstein

Innerarty; Beck

mos que la generalización y democratización de la lectoescritura estigmatizó a aquellos que no pudieron (o a quienes no les dejaron) adquirir esas habilidades tan importantes en las sociedades modernas. Así, el analfabetismo se convirtió en una nueva lacra indudable, muy dolorosa y de enormes costes humanos; a diferencia de lo que sucedía en las sociedades orales, donde la escritura –de existir– era algo reservado a una reducida casta de escribas.

Similarmente, los actuales, enormes y rápidos cambios revolucionarios en las TIC están introduciendo nuevas exclusiones y discriminaciones “cognitivas” y la “sociedad del conocimiento” lo es –en realidad– solo para unos, mientras que condena a la marginación a muchos otros. Hoy día una nueva terrible lacra –que genera una añadida y terrible exclusión– es el analfabetismo (al menos funcional) con respecto a las TIC y –quizás también– a las reglas no suficientemente explícitas que están configurando el nuevo “pensamiento único”, cada vez más hegemónico.

Un saber y poder no inocentes

Más que cualquier otra, la sociedad postindustrial se basa en la enorme potencialidad del conocimiento para la producción, el dominio tecnológico y la transformación de la realidad. Como nunca antes, entroniza socialmente la máxima de Francis Bacon “saber es poder”. Por eso y como nunca antes, todos los trabajadores pasan a estar actualmente bajo la influencia de la “sociedad del conocimiento”, convirtiéndose en trabajadores cognitivos, “cognitariado” (Berardi, 2004 y 2003).

Ciertamente, la Edad Moderna y –en gran medida– la propia filosofía se inauguraron bajo el presupuesto de que, sobre la cognición, se puede construir una sociedad mejor que las basadas en el dominio militar, la sumisión religiosa y sus diversas formas de expropiación económica. Por eso modernamente y, no del todo, en la Grecia clásica (Gille, 1985), se fue tendiendo una profunda alianza entre cognición y economía (a través sobre todo del poder tecnológico de la primera) (Goody, 2005).

Por eso los primeros estados modernos (y luego incluso la Iglesia) terminaron apoyando la “nueva ciencia” física, matemática, experimental y –sobre todo– con decisivas aplicaciones técnicas (especialmente poderosas para la guerra). Así lo han demostrado historiadores, sociólogos comparativos y estudiosos tan diversos como Alfred Crosby (1998), Jared Diamond (2006), Georges Duby (1999), Ernest Gellner (1994), John A. Hall (1988), Samuel Huntington (2005), Michael Mann (1991 y 1997) o Robert B. Marks (2007).

Sus análisis confirman y profundizan las clásicas e innovadoras investigaciones de Carlo Cipolla (1999 y 1970) y William McNeill (1988 y 2004) que ya ponían de manifiesto cuánta razón tenía Clausewitz. La paz y el aparentemente pacífico comercio (sacralizado por Hume y Adam Smith) que desarrollaba las “pacíficas pasiones” (Hirschman, 1999) de la emulación productiva y la competitividad económica, en realidad eran también la continuación –“por otros medios”– de la guerra más descarnada y violenta.

“...Los actuales, enormes y rápidos cambios revolucionarios en las TIC están introduciendo nuevas exclusiones y discriminaciones “cognitivas”...”

TIC

Bacon, F.

Berardi

Cognición

Edad moderna

Gille

Goody

Ciencia

Crosby, A.; Diamond, J.;
Duby, G.; Gellner, E.; Hall, J.;
Huntington, S.; Mann, M.;
Maks, R. B.

Cipolla, C.; McNeill, W.

Hume; Smith, A.

Hirschman

En muchos aspectos la actual “sociedad del conocimiento”, postindustrial, neoliberal y turboglobalizada, simplemente culmina –ya sin competencia ni alternativa– la continuidad del dominio, la guerra, la violencia y la exclusión. Con ella se impone el aparentemente pacífico *soft power* de los flujos económicos, financieros, tecnológicos y de la información performativamente relevante.

Por ello debemos advertir una y mil veces en contra de las dialécticas perversas y terribles que se esconden tras aparentes progresos beneficiosos (Mayos, 2012b). Ciertamente, en la actualidad el sector productivo más poderoso y efectivo es el basado en el saber o, más bien, en la ciencia con aplicaciones técnicas y con valor económico.

Aparentemente, hoy las guerras convencionales comienzan a ser demasiado inasumibles en términos económicos y productivos, especialmente en los centros metropolitanos del actual “sistema-mundo”. Ello no excluye, por otra parte, que haya mucha gente beneficiándose de la guerra y que esta se dé con toda brutalidad especialmente en las periferias subordinadas, subdesarrolladas y expoliadas del “sistema-mundo”.

Ahora bien, dejemos aquí la perversión de los nuevos conocimientos aplicados a la destrucción, la deshumanización y la barbarie, pues queremos centrarnos en otro “daño colateral” imprevisto de la actual “sociedad del conocimiento”: la conversión del cognitariado en precariado. Es decir: la conversión de todos los trabajadores cognitivos –que en las sociedades avanzadas son la amplia mayoría– en trabajadores precarios.

“..la conversión de todos los trabajadores cognitivos –que en las sociedades avanzadas son la amplia mayoría– en trabajadores precarios”

148

¿Por qué “cognitariado”?

“Cognitariado” es una denominación bastante precisa que destaca el mínimo común múltiplo de la condición laboral y profesional dominante en la sociedad postindustrial del conocimiento y las TIC. Como hemos apuntado, aumenta cada vez más la proporción –hoy muy mayoritaria– de trabajadores especializados que –más allá de disponer de algunas habilidades manuales importantes– se caracterizan sobre todo por la capacidad cognitiva que ponen en juego. La tendencia histórica parece indiscutible: a más “sociedad del conocimiento”, mayor número de trabajadores y trabajos cognitivos.

Es una trivialidad que en las sociedades agrícolas (obviaremos que normalmente incluían las tareas ganaderas y similares) eran ampliamente mayoritarios los trabajos y los trabajadores agrícolas (campesinos, aparceros,...). Ello era así hasta el punto de que muy pocas ocupaciones no tenían que ver de algún modo con lo agrícola. Además, y a pesar de usar muchas veces la energía animal (tiro de arado, carro...) y algunas veces la energía hidráulica o eólica (molinos...), el trabajo se realizaba en base a la energía y el esfuerzo humano. Por ello el trabajo casi siempre era manual o tenía un importante componente de este tipo, ya fuera más reposado (por ejemplo, un artesano que trabajaba sentado) o más duro (una persona que cavaba zanjas o subía materiales de construcción por una escalera).

Ello comenzó a cambiar con la generalización de máquinas y motores movidos por energías fósiles (petróleo, carbón...) o por la electricidad, que también

Cognitariado

solía extraerse de aquellas. Aun así, y durante siglos, en las llamadas sociedades industriales los trabajadores agrícolas eran todavía mayoría y –lo eran aun más– los trabajadores manuales, pues en las fábricas la mayoría de las tareas eran básicamente manuales y las realizaban “obreros”.

Obreros

Es cierto que, ya muy pronto, a esos trabajadores manuales “obreros” se les superponían otros: los encargados y capataces, los administrativos y gerentes, los ingenieros o arquitectos que construían y diseñaban las fábricas, máquinas, industrias... Existía un orden jerárquico bastante claro: cualquier tipo de trabajo manual era menos “importante” que el “intelectual” o de “dirección”.

Normalmente los sueldos de estas últimas categorías eran relativamente mayores, y las ocupaciones implicadas menos fatigosas y suciamente cercanas a las máquinas. La “justificación” de ello (dejemos de lado a los “poseedores del capital” según Marx) remitía al superior valor, importancia, dificultad, responsabilidad, formación... que correspondía al “trabajo intelectual y especializado”. Significativamente estos puestos de trabajo también solían estar en talleres o despachos segregados de las grandes salas fabriles donde se hacinaban los obreros. Además, la vestimenta de estos trabajadores era bastante distinta, pues solían llevar batas blancas (y carpetas de anotación, cronómetros y otros dispositivos “técnicos”) y –cada vez más– vestimentas de “cuello duro” (camisas, corbatas, americanas...).

Aunque estos trabajadores pudieran llevar a cabo breves salidas de inspección y control en cualquier parte del dispositivo industrial, no solían llevar nunca los monos azules que eran el “uniforme” de los obreros, como mucho se ponían algún casco protector. Notemos que todas estas diferencias –significativas y con gran valor simbólico– estaban muy vinculadas a la distinción entre trabajo manual e intelectual.

Pues bien, estas “fronteras” o “diferencias” entre trabajo manual e intelectual han ido perdiendo importancia y rotundidad con la evolución de la sociedad moderna. Las modernas formas de producción “fordistas” y “tayloristas” han coincidido en acelerar esa tendencia, que hoy aumenta todavía más con la introducción del “toyotismo” y otras innovaciones productivas.

En definitiva, los trabajos manuales cada vez requerían mayor formación y quienes los desempeñaban tenían que responsabilizarse de maquinarias más complejas y de altísimo valor (por ejemplo, una gran grúa o una fresadora muy potente). Los obreros tenían que formarse y especializarse cada vez más para poder realizar las nuevas tareas industriales; y además tenían que tomar mayor número de decisiones autónomas, reflexivas, que presuponen muchos conocimientos y que comportan grandes responsabilidades.

En una evolución en dirección contraria, la introducción del ordenador, la informática y la robótica ha provocado que los trabajadores intelectuales y técnicos especializados vuelvan a entrar en las fábricas y cadenas de montaje. Muchas veces al precio de desplazar a los trabajadores manuales y obreros de “mono azul”. Por su complejidad y por la formación que exigen, los cada vez más sofisticados robots y máquinas informáticamente controladas desplazan el obrero manual de mono azul por el técnico especializado de bata blanca y de amplia formación.

“...estas “fronteras” o “diferencias” entre trabajo manual e intelectual han ido perdiendo importancia y rotundidad con la evolución de la sociedad moderna”

Con el tiempo, la deslocalización o actualización tecnológica han minimizado –aunque muchas sobrevivan– las fábricas y los enormes talleres ruidosos y sucios en los que se afanan enormes cantidades de obreros manuales con poca formación. Lamentablemente, todavía hoy esos trabajadores son a menudo mujeres o incluso niños que son explotados aun más que sus padres y maridos.

Aun así, en la actualidad tales empresas no son las que obtienen los mayores beneficios empresariales, pues su productividad suele ser muy pobre y el llamado “valor añadido” de sus productos, muy bajo. Esas empresas y fábricas, que ciertamente persisten actualmente, tienden a ser cada vez más marginales y menos rentables tanto para sus trabajadores como –incluso– para sus propietarios. La competencia con otras fábricas y empresas con mayores y más productivas tecnologías es la causa primordial de su baja rentabilidad.

En la actualidad, el modelo tradicional de maquinaria poco sofisticada de más trabajadores manuales poco cualificados no puede competir con nuevas empresas llamadas “postindustriales”. En estas –y cada vez más– la tasa de “maquinización” es muy alta y además con robots cada vez más sofisticados, rápidos, fiables... Aumenta la eficacia productiva, pero también la logística: se minimizan los costes de almacenaje y de pérdidas, produciendo y sirviendo just in time los productos de acuerdo con mayores especificaciones de los clientes, etc. Se introducen continuamente mejoras de diseño, de producción, de distribución o –incluso– de “tematización” del producto...

Es decir, la innovación y el desarrollo son incesantes en las empresas postindustriales inscritas en la “sociedad del conocimiento”, desplazando las empresas y productos que no son tan innovadores ni sofisticados. Por ello los productos fabricados incorporan cada vez más conocimiento y –en consecuencia– requieren trabajadores con mayores conocimientos y mejor formados, trabajadores cognitivos, cognitariado.

Por ello los trabajadores cognitivos tienden a sustituir e –idealmente– a ser mejor pagados que los trabajadores meramente manuales. Hemos explicado sucintamente por qué los tradicionales obreros tienden a ser substituidos por un nuevo tipo de trabajador intelectual o cognitivo, justificando pues el neologismo “cognitariado”.

El cognitariado es proletariado

Desde la caída de la URSS y su “socialismo real”, ha entrado en creciente desuso el tradicional término marxista “proletariado”. Analicemos brevemente lo que el marxismo quería destacar con el término “proletariado”.

Recordemos que el término proviene del latín *proletarius*, que es aquel que solo posee su prole, sus hijos. En Roma el pater familias tenía un gran poder sobre su mujer e hijos, a los cuales podía llegar a vender como esclavos. Por eso, en el *Manifiesto comunista* (1848), Karl Marx llamó “proletarios” o “proletariado” a la clase que defendía y que se caracterizaba por no tener capital.

Era la clase que no tenía propiedades y solo se tenía a sí misma, a su familia y prole, a su fuerza de trabajo, a la fuerza de sus brazos, piernas, corazón, músculos... Y por ello tenía que vender temporalmente esa fuerza de trabajo.

“En la actualidad, el modelo tradicional de maquinaria poco sofisticada de más trabajadores manuales poco cualificados no puede competir con nuevas empresas llamadas “postindustriales””

[Empresas postindustriales](#)

[Sociedad del conocimiento](#) 150

“...los trabajadores cognitivos tienden a sustituir e –idealmente– a ser mejor pagados que los trabajadores meramente manuales”

[Marx, K.](#)

Como vemos, el “proletario” no es un esclavo, pues este depende absolutamente de su amo, todo él y en todo momento de su vida. El proletario, en cambio, es un trabajador que –ciertamente– tiene que vender su fuerza de trabajo, pero no toda su persona. Además lo hace tan solo durante el tiempo de la jornada laboral y –se supone– que en función de un contrato que estipula las condiciones concretas. Las diferencias son importantes, aunque entiendo que a muchos de mis alumnos les parecen muy sutiles.

Hay que notar y destacar que –en el fondo– el proletariado debería incluir por igual a los trabajadores manuales e intelectuales, a los no formados y a los muy educados. No olvidemos que el famoso y muy culto escritor clásico de fábulas –Esopo– era esclavo hasta que fue liberado. El hecho de que el trabajo que tenga que desempeñar sea más bien intelectual o más bien manual no cambia la condición del “proletario”.

Así, el sentido profundo de “proletariado” no cambia porque cambie la “fuerza” o “habilidad” que el trabajador haya tenido que poner en venta por cierto periodo “laboral”. Según la definición dada y en el modo de producción capitalista, la amplísima mayoría de la población era y es proletariado; pues –de una manera u otra– debía y debe vender su fuerza de trabajo durante una parte de su vida.

Ahora bien, como históricamente el trabajo manual era más corriente y el trabajo intelectual habitualmente era más apreciado y mejor pagado, el marxismo popular asimiló el proletariado a los obreros e, incluso, al movimiento obrero. Por eso, Marx clamaba “¡Proletarios del mundo, uníos!” y consideraba a la clase proletaria como el sujeto de la historia. Solo cuando la clase proletaria en conjunto adquiriera conciencia de sí misma y de su injusta situación –decía–, iniciaría un movimiento político revolucionario imparables que transformaría radicalmente el modo de producción vigente.

Esta reducción del “proletariado” básicamente a los trabajadores manuales y a los obreros ha dificultado la vinculación del “proletariado” a los trabajadores cognitivos y, por tanto, al cognitariado. Ahora bien, más allá del sueldo y de las condiciones de trabajo, el cognitariado es proletariado. Además, si la evolución última de las sociedades avanzadas hacia la postindustrialización y la sociedad del conocimiento está provocando que prácticamente todo trabajador sea en gran medida un trabajador cognitivo, podemos decir que –actualmente– el proletariado está más representado que nunca antes por el cognitariado.

Por otro lado, si el proletarius como tal tan solo poseía su prole, el cognitariado como tal solo se caracteriza por poseer su cognición, sus capacidades y habilidades cognitivas, es decir, el resultado de su elaborada educación y formación³. Aun más, su cognición es lo que él ha engendrado (como prole) en sí mismo, dentro de sí, con su formación y educación. El cognitariado lo es porque su posesión más esencial y su “prole” (interna y más esencial) es su cognición. En última instancia (pues es fácil no tener hijos), la única auténtica y definitoria posesión del cognitariado es su cognición.

3 - ERNEST GELLNER (1994) explica muy bien la vinculación del hombre moderno (nosotros diríamos “postindustrial”) con su formación y educación, es decir, con su cognición.

“ El hecho de que el trabajo que tenga que desempeñar sea más bien intelectual o más bien manual no cambia la condición del “proletario”

“ ... más allá del sueldo y de las condiciones de trabajo, el cognitariado es proletariado”

La sociedad postindustrial del conocimiento está presidida cada vez más por un tipo de ciudadano que tan solo vale, es reconocido o puede valerse en la medida que posee conocimiento, cognición. Hemos visto que, ante la pérdida de importancia de la fuerza física e incluso de la habilidad manual, la capacidad cognitiva es el gran componente productivo de la fuerza de trabajo. Por ello, en la sociedad postindustrial, de las TIC y del conocimiento, cada vez más uno vale estrictamente lo que vale su propia capacidad cognitiva. El cognitariado vale tan solo lo que vale, mientras vale y en la medida que vale su cognición.

¿Por qué “precariado”?

Todos sabemos la gran inseguridad en que vivían los trabajadores de la primera industrialización, antes de las grandes legislaciones laborales, la instauración de la seguridad social y la lenta construcción del Estado del bienestar. Los accidentes laborales solían ser habituales y con graves perjuicios para el trabajador, provocando que tuviera que dejar de ganarse la vida por largas temporadas o definitivamente. En tales casos recibía unas compensaciones mínimas y tenía que confiar totalmente de la ayuda familiar.

También en este sentido, podemos decir que el trabajador –que no tiene ninguna otra posesión– era simplemente un “proletario” porque solo tenía a su “prole” en caso de necesidad. Las nuevas generaciones han olvidado este terrible hecho, en gran medida porque en los países avanzados se construyó un sólido “Estado providencia” o “Estado del bienestar”. Pero antes, tan solo la propia familia, la solidaridad de clase o la propia riqueza podían garantizar de alguna forma lo que para nosotros son derechos humanos inalienables: la jubilación (etimológicamente proviene de “júbilo”), la protección de la salud y el acceso a atención médica, la formación laboral y la educación en general, las condiciones óptimas de trabajo, el salario mínimo, la defensa legal en caso de conflicto laboral, etc.

No olvidemos que, seguramente, Marx recogió el viejo término romano *proletarius* para destacar la desposesión, subordinación y damnificación última de los trabajadores en la sociedad moderna puesto que –piensa Marx–, el modo capitalista de producción favorece (a través de la extracción de la plusvalía) a los propietarios, a los poseedores del capital, a los capitalistas.

Fuera por el motivo que fuera, lo cierto es que con la extensión de las estructuras de protección del Estado del bienestar, se ha olvidado ese sentido del término “proletariado”. Intervino también el creciente desuso de la terminología marxista después de la caída de la URSS. Por ello, y significativamente por las mismas fechas, cuando comenzó el decidido desmontaje del Estado del bienestar se tendió a buscar un nuevo término para designar la creciente precariedad social.

El término “precariado” vino a sustituir en los discursos de los nuevos movimientos sociales al término marxista “proletariado”. Apuntemos algunos significativos e importantes aspectos de ese cambio.

En origen el término “precariado” fue aplicado pensando en grupos sociales que incluso tenían dificultades para acceder al empleo y al trabajo. Se trata de grupos en peligro de exclusión y cercanos al lumpemproletariado de Marx. Son

grupos que hoy asociamos al llamado “cuarto mundo” que, a pesar de vivir dentro del “primer mundo” avanzado, sufre sus mayores inconvenientes sin tener ninguna de sus ventajas. Son ejemplos de ello los homeless de las grandes ciudades o los banlieusard concentrados en los suburbios metropolitanos...

A partir de la década de 1950 y especialmente de 1960, se produjo una mitificación de cierto lumpemproletariado a veces vinculado con su existencia al límite de la legalidad. Así como muchos marxistas reivindicaron el trabajo manual frente al intelectual y sacralizaron a los obreros como el “sujeto de la historia”, el situacionismo (y algunos otros antecedentes de los llamados nuevos movimientos sociales) buscaron en el lumpen precario el impulso revolucionario, que ya no percibían en los “aburguesados” obreros de la Renault⁴.

Sin duda, el situacionismo (Mayos y Moyano, 2013) y otros nuevos movimientos sociales nacientes veían en ese lumpemproletariado la alteridad más contrastada de comportamientos y actitudes con respecto a la instalada generación de sus padres. Además ya daban por supuesto un cierto Estado del bienestar, mientras que ya no compartían el relato e imaginario marxista. Por eso el mito del obrero revolucionario fue sustituido lentamente por el de un más revolucionario lumpen precariado.

Pero algunos –como los situacionistas– pronto percibieron que el conocimiento (incluso en sus aspectos más banales de la sociedad del espectáculo) era el factor productivo decisivo en las sociedades avanzadas y asumieron frente a él una actitud claramente negativa, destructiva e iconoclasta. Del antiarte pasaron a luchar por una vida cotidiana capturada por la sociedad del espectáculo. Desde esta perspectiva, la importante tendencia de muchos hijos de clase obrera a utilizar la formación profesional u otra como ascensor social, fue vista como desclasamiento y aburguesamiento (que sin duda también se produjeron en muchos casos).

Más discutible era que hubiera ahí el nuevo y verdadero sujeto revolucionario que cambiaría por siempre la sociedad. Pero hay que reconocer con Greil Marcus (1993) que esa imagen a veces parece encajar con la creativa agitación en los barrios más degradados y en los grupos más marginados, que culminaría con la música y movimiento punk. El resultado inesperado y creemos que erróneo fue oponer cognitariado a precariado.

Se tendió a separar a los cada vez mejor formados trabajadores cognitivos con respecto a su situación social, que muchas veces era crecientemente precaria, como se ha visto con la crisis del 2008. Acríticamente se los asociaba a la burguesía, clases pudientes y propietarias, cuando en realidad y por principio dependen de su fuerza de trabajo, su cognición.

Ciertamente a veces consiguen ser los grandes vencedores de las sociedades postindustriales del conocimiento, pero muchas más veces simplemente consiguen sobrevivir –vendiendo su fuerza cognitiva de trabajo– y evitar hundirse en la precariedad que, como veremos, les es amenazadoramente intrínseca.

Mayos; Moyano

Marcus, G.

“... Acríticamente se los asociaba [los trabajadores cognitivos] a la burguesía, clases pudientes y propietarias, cuando en realidad y por principio dependen de su fuerza de trabajo, su cognición

4 - GREIL MARCUS (1993) da interesantes referencias –incluso gráficas– sobre la fascinación de Guy Debord y otros situacionistas por personajes de ese estilo, como el misterioso Fred.

El cognitariado es precariado

Con el desmantelamiento del sistema de protección social del Estado del bienestar a partir de la década de 1980, se vio que muchas de las debilidades e inseguridades experimentadas por el “cuarto mundo” o el lumpen se extendían a más y más grupos de las clases bajas e incluso medias. Con la crisis del 2008 esta tendencia ha alcanzado incluso a grupos de las clases altas, antes aparentemente a resguardo de tal precariedad.

De manera imprevista y como un “daño colateral” del capitalismo cognitivo postindustrial vemos ascender en la jerarquía social fenómenos tradicionalmente vinculados a las clases populares y trabajadoras como el desempleo, la obsolescencia profesional o el fracaso en el reciclaje laboral. El cierre de las empresas ineficaces o contaminantes (minas...) o la deslocalización de muchas otras no solo afecta a los obreros y administrativos, sino también a los técnicos, especialistas y gerentes. La obsolescencia laboral y profesional (Mayos y Brey, 2011)⁵ se ha extendido en todas las clases, afectando también a médicos, arquitectos, ingenieros y expertos que tienen dificultades para actualizar su cognición de acuerdo con los nuevos tiempos y el “progreso” tecnológico.

Hoy también las clases medias y altas pueden sufrir –a lo largo de la vida– los “daños colaterales” de la acelerada y turboglobalizada sociedad del conocimiento. Para triunfar de manera duradera en ella, también las clases medias y altas tienen que formarse cognitivamente y devenir por tanto cognitariado. Aunque tengan otras importantes posesiones, también para ellas y a largo plazo la capacidad cognitiva es su principal propiedad. Pero como destacamos (Mayos y Brey, 2011), la dialéctica que lleva a la “sociedad del conocimiento” a devenir una “sociedad de la ignorancia” o de la incultura, también lleva al cognitariado más productivo a caer –muchas veces– en el precariado más expuesto.

La liquidez e inestabilidad de lo que Zygmunt Bauman (2005) llamó “la modernidad líquida” y que coincide con la postindustrial y turboglobalizada sociedad del conocimiento, genera riesgos y precariedades imprevisibles para todo el conjunto de la sociedad. Evidentemente hay importantes diferencias pero la desaparición de las tradicionales garantías y seguridades (familiares, de clase...), el desmantelamiento del Estado del bienestar y la obsolescencia profesional y cognoscitiva amenazan con la “precariedad” a una parte cada vez mayor de la sociedad (incluidos antiguos ejecutivos y miembros de la clase alta).

La suma de todo lo que acabamos de comentar hace que las sociedades avanzadas postindustriales y cognitivas conviertan la precariedad en su característica más definitoria. Ello se debe a que la sociedad postindustrial y cognitiva lleva al extremo la tendencia moderna a la aceleración del tiempo y a la constante desconstrucción tecnológico-cultural. Hoy está amenazando casi por igual a todas las clases sociales.

Es de la máxima importancia tomar conciencia de los mencionados hechos y tendencias para salvaguardar la lucidez, la adaptación a los crecientes retos e

5 - Especialmente los apartados “La ‘sociedad del conocimiento’, ¿condición existencial?”, “Nuevos alfabetos”, “El ‘puesto de trabajo’ cognitivo” y “¿Perpetuos emigrantes cognitivos?”.

Desmantelamiento del Estado del bienestar

Mayos y Brey

Bauman, Z.

“...el desmantelamiento del Estado del bienestar y la obsolescencia profesional y cognoscitiva amenazan con la “precariedad” a una parte cada vez mayor de la sociedad (incluidos antiguos ejecutivos y miembros de la clase alta)”

incluso la salud mental; pues por algo estamos rodeados hoy de terapias, coaching, libros de autoayuda... y múltiples depresiones. Sea conciencia de clase o no, hay que asumir con lucidez y valentía que –en la sociedad postindustrial del conocimiento– todos en última instancia dependemos de nuestras capacidades cognitivas, todos somos cognitariado y, por tanto, todos vivimos en precario, precariado ■

Bibliografía y fuentes electrónicas

- BAUMAN, Z. (2005): *Modernidad líquida*, México, FCE.
- BECK, U. (2007): “Vivir en la sociedad del riesgo mundial / Living in the world risk society”. En *Documentos CIDOB Dinámicas interculturales*, n.º 8, (julio 2007)-. Barcelona, Fundació CIDOB.
- BECK, U. (2006): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- BERARDI, F. (2004): *Il sapiente, il mercante, il guerriero. Dal rifiuto del lavoro all’emergere del cognitariato*, Roma, DeriveApprodi.
- BERARDI, F. (2003): *La fábrica de la infelicidad*, Madrid, Traficantes de sueños.
- BOLTANSKY, L. Y CHIAPELLO, E. (2002): *El nuevo espíritu el capitalismo*, Madrid, Akal.
- CROSBY, A.W. (1998): *La medida de la realidad. La cuantificación y la sociedad occidental 1250-1600*, Barcelona, Crítica.
- CASTELLS, M. (2009): *Comunicació i poder*, Barcelona, Editorial UOC.
- CIPOLLA, C. (1999): *Las máquinas del tiempo y de la guerra. Estudios sobre la génesis del capitalismo*, Barcelona, Crítica.
- CIPOLLA, C. (1970): *Educación y desarrollo en occidente*, Barcelona, Ariel.
- DIAMOND, J. (2006): *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, Barcelona, Debate (3ª ed. aumentada).
- DUBY, G. (1999): *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, Madrid, Siglo XXI (2a ed. ampliada).
- GELLNER, E. (1994): *El arado, la espada y el libro. La estructura de la historia humana*, Barcelona, Península.
- GIDDENS, A. (1994): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza.
- GIDDENS, A. Y OTROS (1996): *Las Consecuencias perversas de la modernidad: modernidad, contingencia y riesgo*, Barcelona, Anthropos.
- GILLE, B. (1985): *La cultura técnica en Grecia. El nacimiento de la tecnología*, Barcelona, Granica.
- GOODY, J. (2005): *Capitalismo y modernidad: el gran debate*, Barcelona, Crítica.
- HALL, J.A. (1988): *Poderes y libertades. Las causas y consecuencias del auge de occidente*, Barcelona, Península.
- HIRSCHMAN, A.O. (1999): *las pasiones y los intereses. argumentos políticos a favor del capitalismo previos a su triunfo*, Barcelona, Península.
- HUNTINGTON, S.P. (2005) *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós.

INNERARITY, D. (2011): “La sociedad del desconocimiento”. En G. MAYOS Y A. BREY (Eds.) (2011) *La sociedad de la ignorancia*, Barcelona, Península.

LUTTWAK, E. (2000): *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*, Barcelona, Crítica.

MANN, M. *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza, (1991): Vol I *Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d.C.* y (1997): vol II. *El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914.*

MARCUS, G. (1993): *Rastros de carmín. Una historia secreta del siglo XX*, Barcelona, Anagrama.

MARKS, R.B. (2007): *Los orígenes del mundo moderno. Una nueva visión*, Barcelona, Crítica.

MAYOS, G. Y MOYANO, Y. (2013): *Filosofía para indignados. Selección de la Internacional Situacionista*, Barcelona, RBA.

MAYOS, G. (2012 a): *Macrofilosofía de la globalización y del pensamiento único. Un macroanálisis para ‘empoderamiento’*, Madrid, Editorial Académica Española’.

MAYOS, G. (2012 b) “Conocimiento y cultura, ¿Agentes de barbarie?” en *Políticas del conocimiento y dinámicas interculturales. Acciones, Innovaciones, Transformaciones*, ONGHENA & A. VIANELLO (coords.) Barcelona, United Nations University & Barcelona Centre for International Affairs (CIDOB), pp.137-152.

MAYOS, G. Y BREY, A. (eds.) (2011): *La sociedad de la ignorancia*, Barcelona, Península.

MCNEILL, W.H. (1988): *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d.C.*, Madrid, Siglo XXI.

MCNEILL, W.H y MCNEILL, J.R. (2004): *Las redes humanas. Una historia global del mundo*, Barcelona, Crítica.

SEN, A. (1999): *Development as Freedom*, Oxford, Oxford University Press.

WALLERSTEIN, I. *El Moderno sistema mundial* en 4 volúmenes: (1979): vol. I *La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI* (1974). (1984): vol II. *El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750.* (1998): vol III. *La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850.* (2011): vol IV: *Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*, California, University of California Press.